patrias. Hizo todo lo que tenía que hacer para consagrarse como un argentino bien constituido: empadronamiento laboral, nacionalidad, sufragio universal, servicio militar, dió hijos al Estado, etc, etc. Cumplió con todos los procedimientos, fue un hombre "legal".

¿Valió la pena que viniera para acá? Pienso que todavía debe dudar en su tumba. Pero lo hizo. ¿Qué pensaría si hoy estuviera vivo, al ver cómo su nieto plagia sus pasos emigrantes? ¿La situación ha cambiado tanto? ¿Eran otros los móviles y tan distintos los motivos?

¿Porqué irse?... y ¿porqué quedarse? Yo no elegí ser argentino, ni deseo ser "italiano", esas son cirscunstancias políticas, culturales, y también lúdicas, fortuitas.

¿Hemos nacido para morir en el mismo lugar? ¿eso es la vida, un sedentarismo estúpido y nefasto al cual camuflamos con el orgullo de la nacionalidad? Además, ¿Qué sucede cuando el país que te "engendró" no te otorga ninguna posibilidad real? ¿Hay que agachar la cabeza y alimentarse con las limosnas?... mi abuelo no vino en busca del "éxito", vino en busca de la Dignidad, que no la dá solo un trabajo. El trabajo dignifica pero también humilla y reparte decrepitud. Yo tampoco quiero "éxito" del otro lado del mar. Él no vino "a hacer la América", ni pretendía el Estado de Bienestar. Esos dichos son parte de la eterna conversión de lo miserable en pintoresco, de cierta tendencia historicista que heredamos de las academias. Yo no voy a buscar otra categorización como ciudadano, ni a cumplir con los requisitos del Sudaka. Él vino. Yo me voy. Tal vez esté en nuestra sangre la idea de no fijar raices sociales. ¿Eso está mal? No me importa mucho.

No deseo envejecer y agonizar masticando el pan duro de una jubilación. Mi abuelo lo masticó y perdió la dentadura. No acepto limosnas ni huesos, ni tengo ganas de revisar las sobras. Argentina apesta!!!. Sufro su ideosincracia desde que tengo el famoso uso de razón o, en todo caso, siento sensaciones desagradables desde la infancia. Todavía recuerdo a mis "señoritas" asesinando mi imaginación de niño, citando a mis padres para aconsejarles otro lugar donde llevarme. A lo mejor es eso. No dí nunca en la tecla. Estas geografías me enferman. Me duele la cabeza al saber que existe gente como Landriscina, me da vergüenza ser del mismo país que Perón (aunque donde voy Musollini fue un señor), se me infecta el estómago ante los mitos populares, (Rodrigo es el último cadáver en esa función), me desespera saber que todo el mundo se conforma con el sistema menos malo, la cultura del "voto al menos peor", del soporto como puedo, de la cumbia pelilarga, la parodia de la Seguridad y la necesidad de cárceles que tiene tanta gente. Jacobson me acaricia la úlcera, Enrique Sdretch me provoca hemorranas, y Santo no es de mi devoción. En su momento fue un Manrique, (inventor del PRODE y las bombas antídoto), Badía nunca me hizo compañía y masacró mis sábados joviales, Silvio Soldán hizo de los Domingos un infierno para mi juventud y tantos otros típicos Argentinos, famosos y anónimos, en la Tele, en la radio o en el almacén de la esquina... Todos aceitando la maquinaria de la Mediocridad... "la familia", ese pequeño país, los Benvenuto y Francella representando al novio que todas las madres quieren para su hija ¡!! ... Argentina Rebaño católico, culpa por todos los rincones, cruces para todos los gustos, pecados nacionales, cuna de campeones morales, parece que en las Pampas nunca se enteraron que "DIOS HA MUERTO", Ni que Nieztche se agarró flor de sífilis en Italia ¡!!... menos mal que il nono está soto terra ¡!!. Aunque pensándolo mejor, es demasiado abono para la tierra Argentina.

Mi abuelo no vino a colaborar con la Argentina como ilustran algunos libros hoy, sino que arribó aquí para no cagarse más de hambre ni escuchar el viejo silbido de las bombas. ¿Lo logró? Más o menos, aquí pasó hambre y las bombas siguieron sonando de vez en cuando. Que yo sepa en su lápida no hay epitafios heroicos, ni los pidió tampoco. Sólo hay huesos cansados y nada más. Para mí, acá sólo hay una forma de vivir, y eso incluye malgastar lo que me resta de juventud. La juventud es soberbia, y no quiero ser humilde, se entiende?. En Argentina a la resignación le llaman humildad, "el chico de barrio" per esempio. Y al desacuerdo lo intitulan: "resentimiento". Pontifico el resentimiento, entonces. Bueno, creo que tanto mi abuelo como yo somos resentidos. Lo mío no será un célebre plan de fuga de cerebros sino una fuga corpórea, anónima, sin lágrimas para derramar. Si existe el alma finalmente no es para que flamee bajo una sola bandera. Parecen lágrimas de burgués postmoderno?... Quizás. Que los que sienten su argentinidad se queden con Argentina. Yo me voy. La frente se marchita de todas formas. La vida se muere.

Las oportunidades se van, los abuelos fallecen, la infancia es un recuerdo cruel, y los años no son demasiados como para entregarlos en un crédito a largo plazo. No hay que ser traidor a lo que se piensa.

El amor por las causas perdidas es el amor más duradero porque no hay un matrimonio legal sino pura pasión. Argentina es hoy una cárcel abierta. Italia puede ser un nuevo presidio o la solución a mi argentinidad. De última la paciencia fue un don esquivo tanto para mi abuelo como para mí.

Si en Italia me agarro Sífilis o los Skinheads patean mi espalda por mi condición de Sudaka les avisó ¡! Ciao. ☑

Gonzalo Marcuzzi